

Sopa de salchicha

¡Vaya banquete nos dieron ayer en el palacio! —dijo una ratona anciana a otra ratona que no había tenido la oportunidad de asistir al festín de la corte—. Yo me senté en el vigésimo primer lugar desde nuestro viejo rey de los ratones, ¡y eso no está nada mal! ¡Y qué cosas no sirvieron a la mesa! Pan mohoso, pellejo de jamón, velas de sebo, salchicha... y luego todo volvía a empezar. Había tanta comida que ¡comimos como si fueran dos almuerzos! ¡Y qué maravilloso era el ánimo de todos, qué espontánea la conversación, si tan solo lo supieras! El ambiente era completamente hogareño. Roímos hasta dejarlo todo limpio, salvo las varillas de salchicha —esas en las que se asa la salchicha—; precisamente sobre ellas surgió después la conversación, y alguien recordó de pronto la sopa de varilla de salchicha. Resultó que todos habían oído hablar de esa sopa, pero nadie la había probado ni mucho menos intentado cocinarla uno mismo. Entonces se propuso un brindis espléndido por la ratona que lograra cocinar la sopa de varilla de salchicha, pues así podría convertirse en directora del asilo para pobres. Dime, ¿no es una idea ingeniosa? Y el viejo rey de los ratones se levantó de su trono y declaró ante todos que haría reina a aquella joven ratona que cocinara la sopa de varilla de salchicha más deliciosa. Fijó un plazo: un año y un día.

—Bueno, el plazo es suficiente —dijo la otra ratona—. Pero ¿cómo se cocina, esa famosa sopa, eh?

Sí, ¿cómo se cocina? Esto se preguntaban todas las ratones, jóvenes y viejas. Cada una estaría encantada de llegar a ser reina, pero ninguna tenía ganas de vagar por el mundo para averiguar cómo se prepara esa sopa. Y sin esto no hay manera: staying en casa, no se inventa la receta. Pero no toda ratona puede abandonar a su familia y su rincón natal; además, vivir en tierra extraña no es demasiado dulce: allí no se prueba un trozo de queso, ni se huele el pellejo de jamón, a veces hay que pasar hambre, y quién sabe, hasta podrías caer en las garras de un gato.

Muchas candidatas a reinas estaban tan preocupadas por todas estas reflexiones, que prefirieron quedarse en casa, y solo cuatro ratones, jóvenes y listas, pero pobres, comenzaron a prepararse para partir. Cada una eligió uno de los cuatro puntos cardinales —quizás al menos a una le sonriera la suerte—, y cada una se proveyó de una varilla de salchicha, para no olvidar durante el camino el propósito del viaje; además, la varilla podía servir de bastón de peregrino.

A principios de mayo emprendieron el camino y en mayo del año siguiente regresaron, pero no todas, sino solo tres; de la cuarta no hubo noticia alguna, y el plazo fijado ya se acercaba.

—En cualquier barril de miel siempre hay una cucharada de alquitrán —dijo el rey de los ratones—, pero aun así ordenó convocar a las ratones de toda la comarca.

Se les mandó reunirse en la cocina real; allí mismo, aparte de las demás, estaban de pie juntas las tres ratones viajeras, y en el lugar de la desaparecida sin noticias, los cortesanos colocaron una varilla de salchicha envuelta en crespón negro. A todos los presentes se les ordenó guardar silencio hasta que hablaran las viajeras y el rey de los ratones anunciara su decisión.

Bueno, ahora escuchemos.

2. LO QUE VIO Y QUÉ APRENDIÓ LA PRIMERA RATONA DURANTE SU VIAJE

—Cuando partí a vagar por el mundo —comenzó la ratoncita—, yo, como muchas de mis contemporáneas, imaginaba que ya había mastizado y tragado toda la sabiduría terrestre. Pero la vida me mostró que estaba terriblemente equivocada, y hizo falta todo un año y un día para comprender la verdad. Partí hacia el norte y primero navegué por mar en un gran barco. Me decían que los cocineros deben ser ingeniosos, sin embargo, al parecer, nuestro cocinero no tenía ninguna necesidad de ello: las bodegas del barco rebosaban de tocino, carne salada y harina mohosa excelente. Viví de maravilla, no hay que decirlo. Pero juzguen ustedes mismos: ¿podría allí aprender a cocinar sopa de varilla de salchicha? Muchos días y noches navegamos y navegamos, nos mecían y nos cubrían las olas; pero al fin el barco llegó a un lejano puerto septentrional, y yo desembarqué.

¡Ay, qué extraño es todo esto: partir de tu rincón natal, subir a un barco que pronto se convierte para ti en ese rincón natal, y de repente encontrarte a cientos de millas de la patria, en un país completamente desconocido! Me rodearon bosques impenetrables, de abetos y abedules, ¡y qué olor tan terrible despedían!

¡Insufrible! Las hierbas silvestres exhalaban un aroma tan especiado que yo estornudaba sin cesar y pensaba en la salchicha. ¡Y aquellos enormes lagos forestales! Te acercas al agua y parece transparente como el cristal; te alejas un poco y ya está oscura como la tinta. En los lagos nadaban cisnes blancos; se mantenían sobre el agua tan inmóviles que al principio los tomé por espuma, pero luego, al ver cómo volaban y caminaban, comprendí inmediatamente que eran aves; pues pertenecen al linaje de los gansos, se nota por su andar, ¡y uno no reniega de su parentesco! Y me di prisa en buscar a mi propia parentela —los ratones del bosque y del campo—, aunque, a decir verdad, saben poco acerca de banquetes, y yo justamente por eso había viajado a tierras extrañas. Cuando aquí

oyeron que de una varilla de salchicha se puede cocinar sopa —y la conversación sobre esto corrió por todo el bosque—, a todos les pareció imposible, bueno, ¿y cómo iba yo a saber que esa misma noche sería iniciada en el secreto de la sopa de varilla de salchicha?

Entonces varios elfos se acercaron a mí, y el más noble dijo, señalando mi varilla de salchicha:

«Esto es justo lo que necesitamos. ¡La punta está afilada de manera excelente!»

Y cuanto más tiempo miraba mi bastón de viaje, más se maravillaba de él.

«Quizás pueda prestároslo por un tiempo, pero no para siempre», dije yo.

«¡Claro que no para siempre, solo por un tiempo!», gritaron todos, me arrebataron la varilla de salchicha y echaron a correr con ella, bailoteando, directamente hacia el lugar donde crecía el musgo tierno; allí la clavaron. Al parecer, los elfos también querían tener su mayo, y mi varilla de salchicha les convenía tanto como si hubiera sido hecha a medida. Inmediatamente comenzaron a adornarla y la engalanaron magníficamente. ¡Os digo que fue un espectáculo!

Pequeñas arañas envolvieron el mástil con hilos de oro y lo decoraron con banderolas ondeantes y telas transparentes. La tela era tan fina y bajo la luz de la luna brillaba con una blancura tan deslumbrante que se me nublaron los ojos. Luego los elfos recogieron polen multicolor de las alas de las mariposas y lo esparcieron sobre la tela blanca, y en ese mismo instante sobre ella centellearon miles de flores y diamantes. Ahora mi varilla de salchicha era irreconocible —probablemente no existía en todo el mundo otro mayo como aquel!

Entonces, como si surgieran de bajo tierra, apareció una multitud innumerable de elfos. No llevaban ninguna vestimenta, pero a mí me parecían aún más hermosos que los más elegantemente vestidos. También a mí me invitaron a contemplar todo aquel esplendor, pero solo desde lejos, porque soy demasiado grande.

«Exactamente como acabamos de hacer —dijo sonriendo el elfo más noble—. Tú misma lo has visto, pero difícilmente reconocerías tu propia varilla de salchicha».

«Ah, de eso hablan», pensé yo, y les conté todo claramente: por qué había emprendido el viaje y qué esperaban de mí en la patria.

«Diganme —concluí mi relato—, ¿de qué provecho será para el rey de los ratones y para todo nuestro gran reino el hecho de que yo haya visto todas estas maravillas? Pues no puedo sacarlas de la varilla de salchicha y decir: "Aquí está la varilla, y

aquí está la sopa". Con tal plato no se sacia uno, salvo quizás después de la comida».

Entonces el elfo pasó su dedito diminuto por los pétalos de una violeta azul, luego tocó la varilla de salchicha y dijo:

«¡Mira! Yo la toco, y cuando regreses al palacio del rey de los ratones, toca con este tu bastón de viaje el cálido pecho real —y al instante florecerán violetas sobre el bastón, aunque fuera el frío más crudo. Así que no regresarás a casa con las manos vacías. Y aquí tienes algo más».

Pero antes de que la ratoncita mostrara ese «algo más», tocó con la varilla el cálido pecho del rey de los ratones —y efectivamente, en ese mismo instante creció sobre la varilla un precioso ramo de violetas. Despedían tal fragancia que el rey de los ratones ordenó a varias ratones, que estaban más cerca del hogar, meter sus colas en el fuego, para perfumar la habitación con lana quemada: pues a los ratones no les gusta el olor de las violetas, para su olfato fino resulta insoportable.

—¿Y qué más te dio el elfo? —preguntó el rey de los ratones.

—¡Ay! —respondió la pequeña ratona—, simplemente me enseñó un truco.

Entonces giró la varilla de salchicha —y todas las flores

desaparecieron al instante. Ahora el ratón sostenía en su pata un simple palito y, levantándolo sobre su cabeza como un director de orquesta, dijo:

—«Las violetas deleitan nuestra vista, nuestro olfato y nuestro tacto —dijo el elfo—, pero aún quedan el gusto y el oído».

El ratón comenzó a dirigir, y en ese mismo instante se escuchó música, aunque nada parecida a la que sonaba en el bosque durante la fiesta de los elfos: esta música recordó de inmediato a todos los ruidos de una cocina ordinaria. ¡Vaya concierto! Comenzó de repente, como si el viento hubiera empezado a aullar de golpe en todas las chimeneas a la vez; en todas las ollas y cazuelas el agua empezó a hervir de pronto y, silbando, se derramó por los bordes, mientras el atizador golpeaba contra una caldera de cobre. Luego, tan repentinamente como había comenzado, sobrevino el silencio: solo se oía el sordo murmullo de una tetera, tan extraño que era imposible saber si estaba hirviendo o si acababan de ponerla al fuego. En una pequeña olla burbujeaba el agua, y en otra grande también, y ambas burbujeaban sin prestarse la más mínima atención mutuamente, como si hubieran enloquecido. Y el ratón agitaba su varita cada vez más rápido. El agua en las calderas burbujeaba, silbaba y espumeaba, el viento aullaba salvajemente y la

chimenea rugía: ¡uuu-uuu! Al ratón le entró tanto miedo que incluso dejó caer la varita.

—¡Vaya sopa! —exclamó el rey de los ratones—. ¿Y qué habrá de segundo plato?

—Esto es todo —respondió el ratón e hizo una reverencia.

—Bueno, eso basta —decidió el rey de los ratones—. Escuchemos ahora lo que tiene que decir el segundo ratón.

3. LO QUE CONTÓ EL SEGUNDO RATÓN

—Nací en la biblioteca del palacio —comenzó el segundo ratón—. Ni a mí ni a toda mi familia nos fue posible visitar ni una sola vez en nuestra vida el comedor, y ni hablar ya de la despensa. La cocina la vi por primera vez solo durante mi viaje, y ahora nuevamente la veo. Para ser honestos, en la biblioteca a menudo pasábamos hambre, pero a cambio adquirimos grandes conocimientos. Y cuando llegaron a nuestros oídos los rumores sobre la recompensa real por una sopa hecha con un palito de salchicha, mi vieja abuela encontró un manuscrito. Ella, es cierto, no podía leer dicho manuscrito, pero había escuchado cómo otros lo leían y recordaba esta frase: «Si eres poeta, sabrás cocinar sopa incluso con un palito de salchicha». Mi abuela me preguntó si yo poseía don poético. Yo no conocía en mí nada semejante, pero mi abuela declaró que непременно debía convertirme en poetisa. Entonces le pregunté qué se necesitaba para ello, pues llegar a ser poetisa no me resultaba más fácil que cocinar sopa con un palito de salchicha. Mi abuela había escuchado a lo largo de su vida numerosos libros y dijo que para ello se necesitan tres cosas: inteligencia, fantasía y sentimiento.

«Consigue todo esto y te convertirás en poetisa —concluyó ella—, y entonces seguro que podrás cocinar sopa incluso con un palito de salchicha».

Así que partí hacia el oeste y comencé a vagar por el mundo para convertirme en poetisa.

Sabía que en cualquier asunto la inteligencia es lo más importante, mientras que la fantasía y el sentimiento tienen únicamente un significado secundario; por eso, ante todo, decidí procurarme inteligencia. Pero, ¿dónde buscarla? «Ve hacia la hormiga y adquiere de ella sabiduría», dijo el gran rey de Judea; esto lo había escuchado todavía en la biblioteca. No me detuve ni una sola vez hasta que finalmente llegué a un gran hormiguero. Allí me escondí y comencé a adquirir sabiduría.

¡Qué pueblo tan venerable son estas hormigas, y cuán sabias son! Todo está calculado en ellas hasta el más mínimo detalle. «Trabajar y poner huevos —dicen

las hormigas— significa vivir en el presente y preocuparse por el futuro», y así es como actúan. Todas las hormigas se dividen en nobles y obreras. La posición de cada una en la sociedad está determinada por su número. La reina de las hormigas tiene el número uno, y todas las hormigas están obligadas a estar de acuerdo con su opinión, pues ella hace muchísimo tiempo que se tragó toda la sabiduría terrestre. Para mí fue muy importante conocer esto. La reina hablaba tanto y con tanta inteligencia que sus discursos incluso me parecieron excesivamente complicados. Afirmaba, por ejemplo, que en todo el mundo no hay nada más elevado que su hormiguero, mientras que justo allí, a su lado, se alzaba un árbol mucho más alto; esto, por supuesto, nadie podía negarlo, así que no quedaba más que guardar silencio. Una vez, al anochecer, una hormiga trepó muy alto por el tronco y se perdió en aquel árbol; es cierto que no llegó hasta la copa, pero subió más alto de lo que jamás había subido ninguna otra hormiga. Y cuando regresó a casa y comenzó a contar que en el mundo existe algo más elevado que su hormiguero, las demás hormigas consideraron sus palabras ofensivas para toda la especie de las hormigas y condenaron al insolente a llevar bozal y a un prolongado encierro en solitario. Poco después, otra hormiga trepó al árbol, realizó un viaje semejante y también contó sobre su descubrimiento, pero de manera más cautelosa y algo imprecisa; y dado que era una hormiga muy respetada, además perteneciente a los nobles, le creyeron, y cuando murió, le erigieron un monumento hecho de cáscara de huevo, en señal de respeto a la ciencia.

—A menudo tuve ocasión de ver —continuó el ratón— cómo las hormigas transportan huevos sobre sus espaldas. En una ocasión, una hormiga dejó caer un huevo, y por más que intentó levantarlo, no logró nada. Acudieron otras dos hormigas y, sin escatimar esfuerzos, comenzaron a ayudarla. Pero casi dejan caer sus propias cargas, y cuando recapacitaron, abandonaron a su camarada en apuros y huyeron, porque, al fin y al cabo, lo propio es siempre más valioso para cualquiera que lo ajeno. La reina de las hormigas vio en esto una prueba adicional de que las hormigas poseen no solo corazón, sino también inteligencia. «Ambas cualidades nos colocan a nosotros, las hormigas, por encima de todos los seres racionales —dijo ella—. La inteligencia, sin embargo, ocupa el primer lugar, ¡y yo estoy dotada de ella más que nadie!» Con estas palabras, la reina se irguió majestuosamente sobre sus patas traseras, y yo la tragué; ella se diferencia tanto de las demás que era imposible equivocarse. «¡Ve hacia la hormiga y adquiere de ella sabiduría!» ¡Y yo absorbí la sabiduría junto con la propia reina!

Después me acerqué más al gran árbol que crecía junto al hormiguero. Era un roble alto y frondoso, probablemente muy antiguo. Sabía que en él vivía una mujer llamada dríada. Nace, vive y muere junto con el árbol. Esto lo había escuchado todavía en la biblioteca, y ahora veía con mis propios ojos a la doncella del bosque.

Al notarme, la dríada lanzó un fuerte grito: como todas las mujeres, le teníamos mucho miedo a nosotros, los ratones; pero ella tenía motivos mucho más weighty que los demás, pues yo podría haber roído las raíces del árbol de las cuales dependía su vida. Le hablé con dulzura y amabilidad y la tranquilicé, y ella me sentó en su delicada mano. Al saber por qué había emprendido mi vagabundeo por el mundo, me sugirió que quizás esa misma noche podría conseguir uno de los dos tesoros que aún me faltaba encontrar. La dríada explicó que el espíritu de la fantasía era su buen amigo, que era hermoso como el dios del amor y que descansaba largamente bajo la sombra de las ramas verdes, mientras las ramas susurraban sobre ambos más fuerte de lo habitual. Él la llama su dríada favorita, decía ella, y a su roble, su árbol favorito. Este roble nudoso, poderoso y magnífico le había gustado. Sus raíces penetran profundamente en la tierra, mientras su tronco y su copa se elevan alto hacia el cielo; él conoce tanto las nevadas y frías tormentas como los vientos furiosos y los rayos ardientes del sol.

«Sí —continuó la dríada—, allá, en la copa del roble, cantan los pájaros y cuentan sobre países lejanos. Solo una rama de este roble se ha secado, y en ella ha construido su nido una cigüeña. Esto es muy hermoso, y además permite escuchar los relatos de la cigüeña sobre el país de las pirámides. Todo esto le gusta mucho al espíritu de la fantasía, y a veces yo misma le cuento sobre la vida en el bosque: sobre aquel tiempo en que yo era aún muy pequeña y mi arbolito apenas se elevaba sobre la tierra, de modo que incluso la ortiga le ocultaba el sol, y sobre todo lo que ha sucedido desde entonces hasta hoy, cuando el roble ha crecido y se ha fortalecido. Y ahora escúchame: escóndete bajo la aspérula y mantén los ojos bien abiertos. Cuando aparezca el espíritu de la fantasía, yo, en la primera oportunidad que tenga, le arrancaré una pluma de su ala. Tú recoge esa pluma: ¡no hay nada mejor para ningún poeta! Y no necesitarás nada más».

—Llegó el espíritu de la fantasía, la pluma fue arrancada y yo la obtuve —continuó el ratón—. Tuve que sumergirla en agua y mantenerla allí hasta que se ablandara, y entonces la roí, aunque no era demasiado digerible. Sí, no es fácil en nuestros días convertirse en poeta; primero hay que digerir muchas cosas. Ahora había adquirido no solo inteligencia, sino también fantasía, y con ellas ya nada me

bastaba encontrar ese sentimiento en nuestra propia biblioteca. Allí escuché cómo un gran hombre decía que existen novelas cuyo único propósito es librar a las personas de lágrimas innecesarias. Son como una esponja que absorbe los sentimientos. Recordé varios libros semejantes. Siempre me parecieron especialmente apetitosos, porque estaban tan leídos y engrasados que, probablemente, habían absorbido todo un mar de sentimientos.

Al regresar a mi patria, fui directamente a casa, a la biblioteca, y de inmediato me puse con una gran novela; mejor dicho, con su pulpa, o, por así decirlo, su esencia; no toqué la corteza, es decir, la encuadernación. Cuando digerí esta novela, y luego otra, de pronto sentí que algo se removía dentro de mí. Entonces mordí un trocito más de una tercera novela ¡y me convertí en poetisa! Así se lo dije a todos. Empecé a sufrir dolores de cabeza, cólicos en el vientre; ¡en fin, me dolía por todas partes! Entonces empecé a inventar: ¿qué podría contar acerca de un palito de salchicha? Y al instante comenzaron a girar en mi cabeza una gran cantidad de palitos de toda clase; sí, la reina de las hormigas, al parecer, tenía un ingenio extraordinario. Primero, de repente y sin venir a cuento, recordé al hombre que, al tomar en la boca una varita mágica, se volvía invisible; luego recordé la varita salvadora, después aquello de que «la felicidad no es un palo que puedas tomar en las manos»; luego, que «todo palo tiene dos filos»; finalmente, todo aquello a lo que temo «como un perro al palo», e incluso sobre la «disciplina del palo». Así, todos mis pensamientos se concentraron en toda suerte de palos y palitos. ¡Si eres poeta, sabe cantar hasta un simple palo! Y yo ahora soy poetisa, y no peor que otras. De ahora en adelante podré agasajaros cada día con un relato sobre algún palito; ¡ese será mi sopa!

—Escuchemos la tercera —dijo el rey de los ratones.

—¡Pi-i, pi-i! —se oyó detrás de la puerta, y en la cocina entró como una flecha una pequeña ratona, la cuarta en orden, aquella misma a quien todos consideraban perdida. En su apresuramiento volcó el palito de salchicha envuelto en crespón negro. Había corrido día y noche, viajado en tren de mercancías al que apenas logró subirse, y aun así casi llega tarde. Por el camino perdió su palito de salchicha, pero conservó la lengua, y ahora, toda erizada, se abrió paso hacia adelante y de inmediato comenzó a hablar, como si solo a ella la hubieran esperado, solo a ella quisieran escuchar, como si el mundo entero dependiera únicamente de ella. Charló sin cesar y apareció tan inesperadamente que nadie logró detenerla a tiempo, y la ratona consiguió hablar hasta el final. Bien, escuchémosla también nosotros.

4. LO QUE CONTÓ LA CUARTA RATONA, QUE HABLÓ DESPUÉS DE LA SEGUNDA

—De inmediato me dirigí a una ciudad enorme. Cómo se llama, por cierto, no lo recuerdo: tengo mala memoria para los nombres. Directamente desde la estación, junto con las mercancías confiscadas, fui llevada al ayuntamiento de la ciudad, y desde allí corrí hacia el carcelero. Él contó mucho sobre los prisioneros, especialmente sobre uno de ellos, que había ido a parar a la cárcel por palabras dichas imprudentemente. Se armó un gran escándalo, pero en realidad no valía ni

la pena. «Toda esta historia es simplemente sopa de palito de salchicha», declaró el carcelero, «pero por esta sopa el pobre diablo podría muy bien pagar con la cabeza». Es comprensible que me interesara el prisionero, y aprovechando un momento, me colé en su celda: pues no hay en el mundo puerta cerrada bajo la cual no se encuentre una rendija para un ratón. El recluso tenía grandes ojos brillantes, rostro pálido y larga barba. La lámpara humeaba, pero las paredes ya estaban acostumbradas a ello y no podían volverse más negras. El prisionero arañaba en la pared dibujos y versos, blancos sobre negro, pero yo no los examiné. Al parecer, se aburría, y yo era para él una huésped deseada, por eso me atraía con migajas de pan, silbaba y me decía palabras cariñosas. Debe de haberse alegrado mucho de verme, y yo sentí afecto por él, y rápidamente nos hicimos amigos. Compartió conmigo pan y agua, me alimentó con queso y salchicha; en una palabra, viví allí magníficamente, pero lo más agradable fue que él me cobró mucho cariño. Me permitía correr por sus manos, incluso meterme en las mangas y trepar por su barba; me llamaba su pequeño amigo. Y yo también lo quise mucho, porque el verdadero amor debe ser recíproco. Olvidé por qué había emprendido mi viaje por el mundo, olvidé también mi palito de salchicha en alguna rendija; probablemente sigue allí hasta hoy. Decidí no abandonar a mi nuevo amigo: pues si yo me iba, al pobre no le quedaría nadie en el mundo, y eso no lo habría soportado. Sin embargo, yo me quedé, pero él no permaneció. La última vez que nos vimos, parecía tan triste, me dio doble ración de pan y cortezas de queso y me envió un beso al aire como despedida. Se fue y no regresó. Nada más pude saber sobre él.

Recordé las palabras del carcelero: «Prepararon sopa de palito de salchicha». Él primero también me atrajo hacia sí, y luego me encerró en una jaula que giraba como una rueda. ¡Es simplemente horrible! Corres y corres, pero sigues sin moverte, y todos se burlan de ti.

Pero el carcelero tenía una preciosa nieta pequeña, con rizos dorados, ojos radiantes y una boquita siempre sonriente.

—Pobre ratoncita —dijo ella un día, asomándose a mi odiosa jaula; luego corrió el cerrojo de hierro y yo salté inmediatamente al alféizar, y desde allí brincé al canalón de desagüe. «¡Libre, libre, otra vez libre!», exclamaba yo llena de júbilo, e incluso olvidé de alegría por qué había venido aquí.

Sin embargo, se hacía oscuro, se acercaba la noche. Busqué alojamiento para pasar la noche en una vieja torre donde vivían el vigilante y una lechuza. Al principio les temí un poco, especialmente a la lechuza; se parece mucho a un gato, y además tiene un gran defecto: igual que el gato, come ratones. ¡Pero quién de nosotros no se equivoca! Esta vez me equivoqué yo. La lechuza resultó ser una persona muy respetable y culta. Había visto mucho en su larga vida, sabía más que

el vigilante, y casi tanto como yo. Sus polluelos tomaban cualquier nimiedad demasiado a pecho. «No hagáis sopa de palito de salchicha», les adoctrinaba en tales casos la vieja lechuza, «no arméis ruido por tonterías», y no los regañaba más. Era una madre muy tierna. Y yo de inmediato sentí hacia ella tanta confianza que incluso chirrié desde mi rendija. Esto la halagó mucho, y me prometió su protección. De ahora en adelante no permitiría que ningún animal me comiera, dijo, y sería mejor que lo hiciera ella misma, más cerca del invierno, cuando ya no haya nada más que comer.

La lechuza era muy inteligente. Ella, por ejemplo, me demostró que el vigilante no podría tocar su trompeta si no tuviera el cuerno que lleva colgado del cinturón. ¡Y aún se da aires y cree que no es menos que una lechuza! ¡Qué se le va a hacer! Lleva agua en un cedazo. ¡Sopa de palito de salchicha!... Fue entonces cuando le pedí que me dijera cómo hay que preparar esa sopa. Y la lechuza explicó: «La sopa de palito de salchicha es solo un refrán; cada uno la entiende a su manera, y cada uno cree tener razón. Pero si se analiza bien todo, resulta que tal sopa no existe en absoluto». «¿Cómo que no existe?», exclamé yo sorprendida. ¡Vaya noticia! Sí, la verdad no siempre es agradable, pero está por encima de todo. Lo mismo dijo la vieja lechuza. Pensé y pensé, y comprendí que si llevaba a casa lo más elevado que existe en el mundo, es decir, la verdad, eso sería mucho más valioso que cualquier sopa. Y me apresuré a regresar para ofreceros cuanto antes lo más alto y mejor: la verdad. Los ratones son un pueblo educado, y el rey de los ratones es más culto que todos sus súbditos. Y él puede hacerme reina en nombre de la verdad.

—¡Tu verdad es mentira! —exclamó la ratona que aún no había hablado—. ¡Yo puedo preparar esa sopa, y la prepararé!

5. CÓMO SE PREPARABA LA SOPA...

—Yo no fui a ninguna parte —dijo la tercera ratona—. Me quedé en mi patria; eso es más seguro. No hace falta vagar por el mundo cuando todo puede conseguirse en casa. ¡Y me quedé! No me relacioné con toda suerte de gentuza para aprender a cocinar sopa, no tragué hormigas ni molesté a las lechuzas. No, llegué a todo por mí misma, con mi propio ingenio. Por favor, pongan la olla sobre la estufa. ¡Así! Echen agua, y bastante. ¡Bien! Ahora enciendan el fuego, y fuerte. ¡Muy bien! Que hierva el agua, que burbujee blancamente. ¡Echen a la olla el palito de salchicha... No

¿Se dignaría ahora, Vuestra Majestad, introducir su real cola en el agua hirviendo y remover ligeramente con ella la sopa? Cuanto más tiempo remueva, más sustancioso será el caldo, pues es muy sencillo. Y no hace falta ningún condimento: ¡síntese y remueva tan solo con su colita! ¡Así!

—¿No podría encargarse esto a otro? —preguntó el rey de los ratones.

—No —respondió la ratona—, de ningún modo puede ser. ¡Pues toda la fuerza reside en la cola real!

Y así, cuando el agua comenzó a hervir, el rey de los ratones se acomodó junto a la olla y estiró su cola, tal como suelen hacer los ratones para retirar la nata de la leche. Pero apenas el vapor caliente rozó la cola real, el rey saltó al suelo de un brinco.

—¡Bien, serás reina! —dijo—. En cuanto a la sopa, esperemos hasta nuestras bodas de oro. ¡Cómo se alegrarán los pobres de mi reino! Pero nada importa; que sigan esperando y chupándose los dedos, tiempo les sobra para ello.

Celebraron la boda, pero muchos ratones, de camino a casa, murmuraban:

—¿Acaso es esta una sopa hecha con un palito de salchicha? ¡Más bien parece una sopa de cola de ratón!

Consideraban que ciertos detalles del relato contado por las tres ratonas habían sido transmitidos, en general, bastante bien, pero que, quizás, todo debería haberse narrado de manera completamente distinta. Nosotros, decían, lo contaríamos así y asá.

Por lo demás, esto es crítica, y ya se sabe que el crítico siempre es listo a toro pasado.

Esta historia dio la vuelta al mundo, y las opiniones sobre ella se dividieron; pero ella misma no cambió en absoluto por ello. Es fiel en todos sus detalles, desde el principio hasta el fin, incluyendo el palito de salchicha. Solo que mejor no esperes agradecimiento por el cuento, ¡pues nunca llegarás a recibirlo!